



Francisco Bilbao: la prédica por la unidad americana*

*Jorge Villasmil Espinoza***

*Ligia Berbesí de Salazar****

Resumen

Francisco Bilbao Barquín chileno de vocación americanista, desarrolla una de las obras intelectuales –en términos de pensamiento político– más significativas del siglo XIX. Sus reflexiones giran entorno a la crítica y la denuncia de la situación política, geopolítica, económica y sociocultural que le tocó vivir, en su país en particular y en el continente latinoamericano en general. Entre la diversidad de temáticas que desarrolló a profundidad destacan: la noción de antiimperialismo y unidad americana, elementos que constituyen en los ejes vertebradores de su discurso político, ubicado en el contexto ideológico del socialismo utópico. Desde las coordenadas del método hermenéutico-dialéctico y la historia de las ideas políticas, que proporciona una perspectiva relacional de los actores y factores que configuran la realidad histórica, se analiza su propuesta para la unidad americana y lo que ésta representa. Específicamente, se reinterpretan sus propuestas para la realización del congreso normal americano, a partir de algunas de sus obras vinculadas a esta temática, y los objetivos, propósitos y motivos que se esperaban alcanzar con la misma.

Palabras clave: unidad americana, orden y progreso, antiimperialismo, Francisco Bilbao.

* Este artículo se inscribe en el programa de investigación “Identidades, poder y prácticas sociales”, financiado por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CONDES), de la Universidad del Zulia.

** Escuela de Trabajo Social y Escuela de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Universidad del Zulia.

*** Departamento de Historia de la Escuela de Educación, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad del Zulia.

Francisco Bilbao: Preaching American Unity

Abstract

Francisco Bilbao Barquín, a Chilean with an Americanist vocation, has developed one of the most significant intellectual works in the twenty-first century in terms of political thought. His reflections revolve around criticism and denunciation of the political, geopolitical, economic and socio-cultural situation that he has experienced in his country in particular and in the Latin American continent in general. Among the diversity of themes he develops in depth, the following stand out: the notion of anti-imperialism and American unity, elements constituting the spine of his political discourse, located within the ideological context of utopian socialism. His proposal for American unity and what it represents are analyzed from the position of the dialectic-hermeneutic method and the history of political ideas, which offer a relational perspective of the actors and factors that make up historical reality. Specifically, the study reinterprets his proposals for holding an American normative congress based on some of his works connected with this theme and the objectives, purposes and motives that one hopes such a congress would achieve.

Key words: American unity, order and progress, anti-imperialism, Francisco Bilbao.

Introducción

Históricamente, el pensamiento político se ha considerado como el resultado de una reflexión de elites intelectuales, en función de ofrecer respuestas a la diversidad de problemas diferenciados y específicos que definen los ritmos de la geopolítica del poder en sociedades históricamente definidas.

Desde esta construcción discursiva, se devela un imaginario político que representa y significa en cada momento los intereses de quienes controlan y ejercen el poder. En este sentido, el ideario de la unidad americana se ha instituido en una constante primordial de este imaginario político. Desde las postrimerías de la sociedad de antiguo régimen, se prolonga al periodo republicano y adquiere especial énfasis en la actualidad. Progresiva y sistemáticamente el debate teórico-político desde los tiempos de la independencia giró en torno a la definición de un nuevo

tipo de sociedad “moderna” opuesta a la de antiguo régimen, con el objetivo primordial de definir y configurar a profundidad, los elementos constitutivos de la sociedad que se quería. Cuestión que lógicamente requería un modelo interpretativo de dicha realidad. Este modelo interpretativo lo proporcionó el positivismo, ya que las ideas de progreso material provenientes de esta filosofía, no eran sino la expresión racionalizante del estado liberal que promovía la clase dominante.

Paralelo a ello, surge como constructo intelectual la tesis del antiimperialismo en la que se integran múltiples corrientes del pensamiento contra hegemónico, tales como el socialismo, el anarquismo y el nacionalismo no chovinista. Entre sus principales promotores para la segunda mitad del siglo XIX, destaca, entre otros, Francisco Bilbao. A Bilbao se le ubica como uno de los cultores más lucidos de la formación discursiva de la unidad americana¹ instituida por Francisco de Miranda y Simón Bolívar. En muchas ocasiones manifiesta la intención de seguir promoviendo la idea del libertador Simón Bolívar de realizar un gran congreso americano, entendido como un espacio permanente para la concertación política de la nación latinoamericana, ya que el logro de un esquema concreto de unidad estaba muy lejos aún de ser una realidad.

En su perspectiva, la unión representa una temática no solo geopolítica, sino también la posibilidad de desarrollo y progreso armónico de los pueblos de la América meridional. Para él, nada haría imposible la unidad de los pueblos del sur, y ella representaría el verdadero patriotismo americano.

Desde estas consideraciones, se intenta una explicación en el campo de la historia de las ideas políticas latinoamericanas, que haga posible un examen distinto de la realidad pasada y presente, capaz de distinguir lo americano como unidad e identidad integrada en igualdad de condi-

1 El concepto de *formación discursiva* es característico del corpus epistemológico del análisis del discurso, el mismo fue acuñado por Michel Foucault y se emplea para develar cierto número de enunciados, semejante sistema de dispersión, en el caso de los objetos, los tipos de enunciados, los conceptos, las elecciones temáticas, se pudiera definir como una regularidad (un orden, correlaciones, posiciones en funcionamiento, transformaciones); se dirá por convención, que se trata de una formación discursiva. Vasilachis de Gialdino, Irene. (1998). *Discurso político y prensa escrita, un análisis sociológico, jurídico y lingüístico*, Gedisa editorial, Barcelona-España, pp. 31-32.

ciones, a pesar de las diferencias. De lo que se trata, es de fundar nuevas expectativas en la reconstrucción de la sociedad latinoamericana desde la importancia geopolítica de la unidad continental, en el pasado y en el presente.

Con ello, se pretende interpretar los sistemas de significados mediante los cuales actores sociales como Francisco Bilbao, viven, representan y construyen su realidad social, siempre en función de los espacios de poder que construyen y significan.

En síntesis, se pretende un aporte útil para la historia de la ideas políticas, que no solamente profundice en los modelos explicativos de esta temática tan ampliamente trabajada, sino que también ofrezca la posibilidad de matizar nuestros resultados con los de otras investigaciones afines, tanto en los dominios de la Ciencia Histórica en particular, así como en los de las Ciencias Sociales y Política en general.

1. Pensamiento político postindependentista: etapa de la organización y del progreso

Culminada la independencia política de los países hoy latinoamericanos sucede la etapa de la organización o del progreso, que podría ubicarse cronológicamente entre 1830 y 1870, aproximadamente. Cabe destacar, que con esta referencia cronológica no queremos fragmentar el proceso histórico decimonónico, sino simplemente significar la hegemonía ideológica que configura una etapa a lo interno del pensamiento político latinoamericano, cuestión que nos permite caracterizar un contexto mental y epocal, a partir de la interpretación y explicación de las principales corrientes del pensamiento político y filosófico que en él se engendraron, y condicionaron el comportamiento de los actores políticos-intelectuales, que aportaron sus reflexiones en dicho contexto.

La ruptura con el nexos colonial trae consigo la necesaria respuesta a cómo organizarnos, a qué hacer para enfrentar los cambios que sin duda se avecinaban. De este modo, el nuevo esquema reflejaba un conjunto de intereses que unía a las elites locales, en defensa de sus prerrogativas y privilegios. Para Angel Lombardi (1989: 88), urge la sustitución del pacto político colonial en cual se había forjado la idea de independencia, por uno en el que la idea del progreso fuese lo primordial.

Esta es la ideología que fragua y se formula en esta etapa, que hemos convencionalmente llamado de la “organización nacional.” Una ideología que arranca de unas circunstancias muy concretas y definidas, pero que igualmente se nutre de lo más avanzado de la época y de las doctrinas mejor elaboradas.

Buena parte de los actores –políticos/intelectuales– aferrados a esta propuesta, forman parte del sector oligárquico que ejercía y controlaba el poder en los nacientes Estados-nacionales latinoamericanos. Desde los espacios de sociabilidad que activamente dirigen y ocupan, manifiestan su opinión bien apoyando o criticando el proyecto nacional-liberal-oligárquico. En cualquier caso, el objetivo era el logro de la organización política, económica, social postindependentista, y en ello centraron sus esfuerzos.

De las variadas corrientes filosóficas e ideológicas que orientaron este proceso de formación de repúblicas libres, el positivismo² resultó ser el paradigma dominante. Para la época esta corriente de pensamiento era la más prestigiosa en el mundo euro-occidental, sus planteos referentes al desarrollo de un ordenamiento societal, que tenía como fin último la construcción del orden y progreso de la humanidad, definen el desarrollo y evolución de la sociedad, es decir los cambios sociales. La escuela positivista creó una opinión generalizada en las comunidades intelectuales, de que sus postulados eran axiomáticos y científicos y, en ese contexto, la marcha progresiva del espíritu humano, como algo autónomo bastaba para explicar el cambio histórico, puesto que las ideas generan hábitos que desembocan en instituciones capaces de dirigir la evolución de la sociedad³. En esta perspectiva, Marcos Roitman Rosenmann (En: sala.clacso.org.ar/gsdll/cgi-bin/library, 1998), señala que:

Tras la independencia, el positivismo había empapado todo el debate teórico acerca de la naturaleza de los conflictos y de las

- 2 El término positivismo tiene su origen en Augusto Comte, el cual propuso y desarrolló, “una filosofía positiva.” Esto comprendía no solo una doctrina acerca de la ciencia, sino también, y sobre todo, una doctrina sobre la sociedad y sobre las normas necesarias para reformarla, conduciéndola a su “etapa positiva,” es decir a su máximo nivel de desarrollo material y espiritual. Consultar: Ferrater, 2004: 2854.
- 3 Cfr. Santos Pérez, Juan Manuel. Paradigmas historiográficos contemporáneos, Fundación Buría, Barquisimeto, Venezuela, 2005. pp. 31-32.

clases sociales... la sociedad, se dirá, debe generar un orden estable y permanente, jerárquicamente estratificado y políticamente asentado en el gobierno de los buenos y mejores.

Todo indica que buena parte de los discursos y escritos políticos de ensayistas y gobernantes de la época centraron su interés en demostrar cuál era el mejor camino para evitar caer en el caos y en la inestabilidad. Escritos y discursos como los José María Mora, Justo Sierra y Benito Juárez en México; Justo Arosemena en Panamá; Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento y José Ingenieros en Argentina; Miguel Lemos en Brasil; José V. Lastarria, Francisco Bilbao en Chile; Jose Bustillo en Bolivia; Javier Prado en Perú; Enrique Varona en Cuba; Eugenio María Hostos en Puerto Rico; Floro Costa en Uruguay; entre otros, así lo demuestran. Se coincide en calificarlos como destacados exponentes de este pensamiento político hegemónico.

Sin embargo, es conveniente aclarar que a Francisco Bilbao por ejemplo, cuesta calificarlo de positivista, ya que era abiertamente socialista, tal como muestran sus escritos políticos. Para este intelectual el positivismo era insuficiente para proporcionar respuestas y soluciones a la mayoría de los males de la sociedad de la época, tales como la exclusión histórica de los sectores populares en el proceso de construcción del orden democrático, que fue monopolizado por las elites.

En la etapa de la independencia, el debate teórico político giró en torno a la definición de un nuevo tipo de sociedad “moderna” opuesta a la de antiguo régimen. Ahora en la etapa de la organización y del progreso se plantea definir y configurar a profundidad los elementos constitutivos de la sociedad que se quería. Cuestión que lógicamente requería un modelo interpretativo de dicha realidad. Este modelo interpretativo lo proporcionó el positivismo, ya que las ideas de progreso material provenientes de esta filosofía, no eran sino la expresión racionalizante del estado liberal que promovía la clase dominante.

En este contexto, opina Javier Sasso (1998: 19), se explica la reiterada y activa participación de pensadores que teorizaron acerca de su circunstancia y de su momento, en un mundo donde las ciencias sociales aún no se encontraban institucionalizadas. No es casual que esos pensadores buscaran inspiración en la filosofía, y acudieran a ella a la hora de emplear argumentos de autoridad, e incluso hayan formulado sus refle-

xiones de forma tal, que quizás, merecen el ser calificado como lo que eran a la escala universal, de filosofías de la historia.

En todo caso, si este pensamiento político puede ser calificado de filosofía de la historia, es lógicamente porque sus cultores lograron un alto nivel de elaboración y consistencia lógica y argumentativa en sus producciones intelectuales, las cuales no solo se quedaron en el plano de la especulación idealista, sino que desarrollaron un proyecto nacional de corte liberal, que prestó especial atención a la realidad socio-económica, política y cultural del momento. Por tanto, la filosofía y principalmente la escuela positivista develan en este momento, "...La función social del filosofar, su carácter de proveedor de nuevos saberes útiles para el avance del entorno. En suma, su rol eminentemente político" (Sasso, Javier, 1998: 99).

En opinión de estos intelectuales políticos, agrega Sasso (1988: 100), el estar armados de esos saberes les permitía orientarse y, a su vez, superar el peso de la tradición colonial y ayudar a quienes buscaban completar la obra emancipadora. Así, de manera conjunta se contribuía con la gran obra constructiva de la organización y del progreso postindependentista.

Otra razón que determina el predominio ideológico del positivismo en este contexto mental, es su carácter doctrinal. Desde el mismo, plantea un conjunto de formulas pseudo científicas que tiene como propósito, estructurar un orden social que garantice la estabilidad, a la vez que, un estado que proporcione el orden y sea fuente de progreso en todas las esferas de la realidad. De ahí, la explicación a la idea de incentivar la inmigración de la Europa blanca que representaba la "civilización" en contraposición a la Latinoamérica mestiza e indígena, comunes en el siglo XIX.

Desde esta perspectiva filosófica, las guerras independentistas generaron sociedades anarquizadas en las cuales debía imponerse un nuevo orden de cara al progreso, entendido como avance científico y cultural; es por ello que sectores importantes de la intelectualidad de la época asumieron el rol de ser patrocinadores y reproductores de este sistema ideológico.

Aunque el positivismo se constituyó, a todas luces, en el paradigma o tendencia dominante, esto no significó que el estamento intelectual latinoamericano del momento, no se aproximaran a otras corrientes del

pensamiento político y filosófico, ni que todos fueran positivistas confesos. La vanguardia se aproximó al socialismo utópico, tal como lo hizo Francisco Bilbao.

En el plano iberoamericano, el embrionario imperialismo Borbón, fue sustituido por el imperialismo norteamericano, el cual ya había estructurado para la segunda mitad del siglo XIX, un complejo esquema de dominación económica y política, por lo que prontamente los ideólogos más lucidos del pensamiento latinoamericano, entre otros Francisco Bilbao y José Martí comenzaron a elaborar un discurso contra-hegemónico (antiimperialista), capaz de configurar un imaginario novedoso.

En esta perspectiva, se considera a Francisco Bilbao como un personaje adelantado a su momento histórico, ya que fue un socialista, antiimperialista, que le tocó vivir en el contexto del orden y progreso. Su obra representa el preámbulo del pensamiento antiimperialista latinoamericano, tal como lo evidencian principalmente sus críticas al catolicismo conservador y sus propuestas para la unidad americana y el Estado laico.

La historiografía de las ideas latinoamericanas ha develado al positivismo y al socialismo como planteamientos teóricos desvinculados, obviando las relaciones existentes entre ambas tendencias. Consideramos al igual que Javier Sasso (1998: 128), que los socialistas y positivistas decimonónicos latinoamericanos conciben de manera muy similar, aunque con diversos matices el proceso histórico que les tocó vivir. “La idea de progreso civilizatorio y la convicción del peso decisivo que en él tienen las condiciones materiales y los factores socio-culturales”, explican las coincidencias.

Queda claro entonces, que para el momento, se podía ser socialista sin estar divorciado por completo de las ideas del positivismo, ya que en último término ambas filosofías, eran para la intelectualidad iberoamericana, un vehículo para solventar las dialécticas contradicciones emanadas del proceso de formación de los Estado-nacionales.

En definitiva, la sociedad que se pretendía configurar debía, a su vez, y como es lógico, ser capaz de crear un nuevo hombre emancipado mentalmente, que actuara en armonía con los preceptos de orden y progreso. Así, de una forma u otra, la doctrina positivista se asume como el paradigma que guiaría a esta nueva sociedad. La idea general que subya-

ce en opinión de Leopoldo Zea (1991: 250), es alcanzar el estadio último de la humanidad, un "...estadio social y político formado por hombres prácticos solo interesados en el desarrollo y progreso de la civilización a través de sus respectivas naciones".

El avance material y espiritual de la humanidad, entendido como modo de superación continua de dificultades y limitaciones colectivas, mediante la expansión de las posibilidades creativas e intelectuales de la sociedad, era la propuesta esencial. En el caso particular latinoamericano, el positivismo ofrecería entonces no solo instrumentos políticos y representacionales, sino modelos teóricos orientados a la transformación evolutiva de la ideología tradicional, caracterizada por el predominio del imaginario escolástico religioso. Ahora, el discurso científico emanado de las ciencias positivas sería lo central, y este surgía como la superación del escolástico medieval, que sustentaba a la sociedad de corte antiguo.

En su revisión matizada de las particularidades que adquirió el positivismo en la mayoría de los países de la nación latinoamericana, Leopoldo Zea (1991: 252), afirma que en "...toda la América ibera tanto el positivismo comtiano como el inglés se presentaron como buenos instrumentos para enfrentarse a los viejos intereses coloniales, al mismo tiempo que justificaban la aparición de los nuevos".

Considerado el positivismo como el mejor de los instrumentos para incorporarse al "progreso.", supuso toda una forma o manera de superar la sociedad tradicional, Zea (1991: 252), lo expone explícitamente al señalar que:

Utilizando el positivismo los mexicanos pensaron que ponían término a la anarquía que los había azotado desde la independencia. Los argentinos vieron en esta filosofía un buen instrumento que impidiese el surgimiento de mentes absolutistas y tiránicas, como la de Rosas, que les había azotado. Los chilenos vieron en esta doctrina un buen instrumento para desarrollar, evolutivamente, sus instituciones liberales y progresistas. En el Uruguay se vio en él un arma moral para poner término a una larga cadena de cuartelazos y corruptelas. Perú y Bolivia vieron en esta doctrina el instrumento que pudiese fortalecerles después de la catástrofe nacional que sufrieron en la guerra contra Chile. Los cubanos encontraron en esta doctrina un instrumento que justificaba su afán de independencia frente a España, al mismo tiempo que daba a su conciencia nuevos hori-

zontes que impedían caer en los errores del resto de Hispanoamérica, al lograr su emancipación política.

Evidentemente, queda claro que la ideología positivista fue el eje vertebrador del contexto en el que el orden y progreso se asientan como el norte único en la construcción de una nueva sociedad. Por tanto, los diversos proyectos nacionales que se formularon en este momento en América Latina, inmediatamente después del proceso independentista, de signo liberal unos y conservador otros, tuvieron en el positivismo sus sustentación teórica y doctrinal.

2. Francisco Bilbao: vida y pensamiento

Francisco de Sales Bilbao Barquín nace en el seno de una familia pudiente, en la ciudad de Santiago de Chile, el 9 de enero de 1823. Su padre Rafael Bilbao Beyner era un conspicuo militante del partido liberal, y su madre, Doña Mercedes Parquean, una mujer tradicional. Tenía solo 11 años Francisco, cuando tuvo que partir al exilio en Perú, ya que su padre fue expulsado del país por el gobierno conservador de la época. A su retorno a Chile estudia derecho, filosofía y latín, bajo la notable orientación de preceptores de la talla de Andrés Bello y Vicente Fidel López, entre otros.

Este entorno le permitió a sus 20 años conocer los escritos, entre otros, de Rousseau, de Vico y la mayoría de los clásicos enciclopedistas de la cultura europea occidental. Al parecer una de las lecturas que mayor influencia ejerció en su formación intelectual fue el Libro del Pueblo de Félicité Robert de Lamennais publicado en 1837. “Su pasión intelectual y su vocación literaria lo vincularon muy joven a la sociedad literaria de Santiago” (Witker, 1988: 9).

Entre sus primeros ensayos destaca uno intitolado “La sociabilidad chilena” (1844), en el que Bilbao efectúa una apología de un sistema democrático basado en la razón y no en el dogma religioso, capaz de proporcionarle una educación de calidad a los sectores populares en el contexto de la promoción de los derechos ciudadanos inexistentes para la época. Estos planteamientos de corte reivindicativo liberal, que se mantendrán como una constante a lo largo de toda su obra, le granjearon la implacable oposición de la Iglesia católica, quien siempre lo acusaría de díscolo y hasta de hereje.

En las primeras décadas del siglo XIX, una nueva corriente filosófica de tipo materialista comienza a hacerse sentir en el viejo continente, con el nombre un tanto ambiguo de socialismo utópico. Esta corriente se fortalece desde la crítica al impacto social que ocasionó la revolución industrial, dado los dramáticos niveles de desigualdad, marginación y explotación que generó en los sectores sociales menos favorecidos. Entre los ideólogos más destacados de esta corriente figuran: Henri de Saint-Simon (1760-1825), Charles Fourier (1772-1837) y Pierre Leroux (1797-1881). Se le considera a esta corriente como la antesala del socialismo científico desarrollado por Marx y Engels, quienes en 1848 pusieron en circulación el conocido “Manifiesto del partido comunista”, el cual significó toda una revolución para el imaginario político de la época.

Desde 1845 Bilbao se radicó en París, ciudad en la que puede asimilar todo este movimiento político-intelectual de manera privilegiada, incluso tiene la oportunidad de entablar amistad con intelectuales como Kinet, Michelet y Lamennais, quienes obviamente marcaron una profunda impronta en su pensamiento, por lo cual, afirmamos anteriormente que puede ser considerado como socialista utópico, no siendo claro está, el socialismo la única influencia ideológica presente en su obra, sino solo una de las más nítidas y significativas.

Después de su periplo por las principales capitales europeas, regresa a Chile en 1850, invitado por el gobierno de Bulnes quien intenta motivarlo para que forme parte su equipo de gobierno; esta invitación se extendía a otros intelectuales de la talla de Bilbao, que no habían tenido la oportunidad, al parecer por razones de oscurantismo político, de llevar a la praxis sus propuestas modernizadoras y progresistas en su tierra natal. Ese mismo año junto a su amigo Santiago Arcos y otros jóvenes vanguardistas, fundan “la sociedad de la igualdad”, organización que rápidamente comenzó a hacer ruido en el estamento conservador de la sociedad santiaguina.

Desde una propuesta amplia centrada en actividades culturales se propuso, esta sociedad, abrir escuelas populares con más de 300 alumnos; organizar conferencias sobre economía política, aritmética, castellano, música, entre otras; propiciar la discusión pública de proyectos destinados a promover el bienestar de los trabajadores y la crítica general del orden oligárquico, junto con fomentar una vida privada sana y honesta entre sus asociados (Witker, 1988).

La sociedad de la igualdad rechazó en 1851 la candidatura de Montt porque representaba a todas luces, los intereses censitarios y excluyentes de la oligarquía chilena, por lo cual, el presidente Manuel Montt ordenó la clausura de esta organización, y comenzó la persecución de Bilbao y sus discípulos.

El 20 de abril de 1851 Bilbao y otros miembros de la sociedad de la igualdad participan activamente en la fallida insurrección igualitaria que pretendía desplazar a Manuel Montt del poder. En tanto, Bilbao se ve condenado otra vez al exilio. Se refugia en Lima nuevamente y, desde allí desarrolló una ardua actividad intelectual orientada a la promoción del sistema democrático no-oligárquico y la unidad americana.

En una carta escrita por él, el 29 de octubre de 1852 a su amigo Arcos quien se encontraba en cautiverio en Santiago, se visualizan con nitidez las ideas de anclaje de su pensamiento ideopolítico.

Todo bien es verdad. Todo mal es negación de la verdad. Si queremos el bien, debemos revelar la verdad. Si queremos la abolición del mal debemos negar el error y combatir el crimen.

Toda obra de bien supone, pues, la afirmación de la verdad. Toda obra de regeneración es obra de combate.

Hay mal, luego hay que regenerar. Esta es la necesidad de la revolución.

Chile es catolicismo y edad media, feudalismo y oligárquica, cubiertas por el jesuitismo con el nombre de república. República es la filosofía y porvenir, democracia transparente por la identidad del pensamiento y de los actos (Bilbao citado por Witker, 1988: 18).

A finales de 1858, Bilbao se unió a la insurrección liberal encabezada por el general Ramón Castilla, quien decía iba a implementar cambios revolucionarios en la conservadora sociedad peruana. Sin embargo, a su arribo al poder solo implementó tímidas reformas que defraudaron a Bilbao, por lo cual, al poco tiempo, y como es lógico, se declara en abierta oposición al régimen de Castilla, quien lo encarcela y luego lo expulsa del país.

Seguidamente, retorna a Europa, allí madura notablemente sus planteamientos sobre la necesidad histórica de unir a las naciones latinoamericanas, a partir de las ideas de libertad, igualdad y justicia entre los

pueblos, en razón de conformar una alianza geopolítica que fuera capaz de hacer frente a la avanzada imperialista, estadounidense y europea, que se tornaba cada vez más amenazante. En este sentido, se reúne con un grupo de jóvenes latinoamericanos de avanzada en París, en 1856, y les propone que retornen a sus respectivos países con la misión de convocar un Congreso Federal de las repúblicas latinoamericanas que adelantara la integración de estas naciones.

En 1857 viaja a Buenos Aires y se identifica con las aspiraciones federalistas de las provincias argentinas. Tras el triunfo de la confederación argentina de 1859, encabezada por Justo José de Urquiza, observa con pesar como el nuevo gobierno traiciona las ideas federativas que constituyeron su principal bandera de lucha.

En el escenario latinoamericano, Francia invade a México en el año de 1862, realizándose así sus pronósticos sobre las arremetidas imperiales. En tanto, critica sistemáticamente esta agresión imperialista en el texto “La América en Peligro 1862”; seguidamente en 1864 publica su texto más destacado (El Evangelio Americano), en el que sintetiza todo su pensamiento pro unidad y desarrolla a plenitud el argumento de la vinculación histórica y cultural de los pueblos de la América meridional.

En febrero de 1865, Bilbao fallece en Buenos Aires víctima de una afección pulmonar; tenía 41 años de edad y como es típico en los apóstoles de la unidad americana, muere incomprendido y sumergido en la pobreza y el olvido.

A todas luces tal como se reseña en Memoria Chilena del Portal de la Cultura de Chile (2008), coincidimos en que:

Francisco Bilbao fue el ícono de aquella generación, símbolo del radicalismo liberal que combatió a los gobiernos autoritarios en nombre de una democracia plena, al mismo tiempo que llamaba a la unidad de los pueblos latinoamericanos para impugnar la amenaza imperialista. De una constancia admirable y enemigo de las transacciones políticas, Bilbao dedicó su vida a la causa de la democracia, pasando gran parte de ella en el exilio y sufriendo constantes persecuciones.

3. Bilbao y su visión de la Unidad Americana

Francisco Bilbao se ubica como uno de los cultores más lucidos de la formación discursiva de la unidad americana instituida por Francisco de Miranda y Simón Bolívar. En muchas ocasiones manifiesta la intención de seguir promoviendo la idea del Libertador Simón Bolívar de realizar un gran congreso americano, entendido como un espacio permanente para la concertación política de la nación latinoamericana, ya que el logro de un esquema concreto de unidad estaba muy lejos aún de ser una realidad.

En su texto “El Evangelio Americano”, publicado un año antes de su muerte, presenta un conjunto de proyectos encaminados al desarrollo argumentativo de un congreso americano, que siguiera en la tónica filosófica y política del congreso anfictiónico de Panamá de 1826. Básicamente, la finalidad que perseguía el congreso propuesto por Bilbao, era el mismo del anfictiónico, es decir, activar la solidaridad y cooperación en materias álgidas como seguridad y defensa de la soberanía latinoamericana, para hacer frente de manera mancomunada a cualquier posible agresión contra los países de la región.

Al momento de analizar los procesos de integración que se dieron en el contexto de la independencia, y haciendo alusión a las redes de solidaridad que se estructuraron entre Argentina y México, expresa que ambas repúblicas procuraron prestarse mutuo auxilio para asegurar la conquista de sus derechos y todo cuanto le fuera útil a sus intereses. Todo según Bilbao (1988: 264), indica la necesidad de un “congreso general de todas las repúblicas de la América meridional para formar en él una alianza firme y duradera.”

En su perspectiva, la unión representa una temática no solo geopolítica, sino también, la posibilidad de desarrollo y progreso armónico de los pueblos de la América meridional. Para él, nada haría imposible la unidad de los pueblos del sur, y ella representaría el verdadero patriotismo americano. En este sentido afirma:

...unión es prosperidad moral y material, la asociación es una necesidad; aun más diría: nuestra unión, nuestra asociación debe ser hoy el verdadero patriotismo de los americanos del sur... Por qué hoy cuando se trata de conservar las condiciones físicas y morales del derecho y del porvenir de la indepen-

dencia, no hemos de volver a sentir esa alma americana? (Bilbao, 1988: 265-266).

Para este ideólogo, el logro de la unidad significaba incluso la segunda campaña de emancipación, ya que fue uno de los elementos más significativos en la victoria de los republicanos en las guerras independentistas, pero paradójicamente sus posibilidades políticas y económicas no fueron explotadas a plenitud por los líderes de la generación del momento del orden y progreso, por lo cual, quedaba como asunto pendiente de principal interés.

Es conveniente destacar que para Bilbao era impensable que alguien intentara oponerse al discurso de la confederación americana. Para él no existe un argumento sólido, ni dialéctico ni analítico, que pueda esgrimirse en tal sentido. En esta postura fue vehemente y no perdió oportunidad para exponerlo:

¿Qué nación o que gobierno americano se opondrán? ¿Qué razón podrán alegar? ¿La independencia de las nacionalidades? Al contrario, la confederación la consolida y desarrolla, porque desde el momento en que existiese la representación legal de la América, cuando viésemos la capital moral, centro, concentración y foco de la luz de todos nuestros pueblos, la idea del bien general, del bien común, apareciendo con autoridad sobre ellos, las reformas se facilitarían, la emulación del bien se impulsaría, y la conciencia de la fuerza total de la gran confederación fortificaría la personalidad en todos los ámbitos de América (Bilbao, 1988: 267).

En correspondencia con el pensamiento bolivariano, Bilbao considera que una de las aristas que posibilitaría el logro de una confederación estable, sería la construcción consensuada de un derecho interamericano público, que normara los vínculos y relaciones, entre las naciones contratantes. Otro factor sería la promoción de una conciencia histórica y política, a manera de imaginario colectivo, concerniente a la valoración de la unidad e identidad americana.

Se evidencia en el discurso de Bilbao una idea de la América meridional, ese espacio geográfico y cultural que va desde el río Bravo hasta tierra del Fuego, como unidad gran nacional, tal como lo pensaba la gene-

ración de los próceres independentistas. No obstante, comprendía la complejidad y diversidad interna de esta unidad.

En su afán de gestionar el congreso normal americano que teóricamente formalizaría los vínculos de la unidad entre las jóvenes repúblicas meridionales, instala en Chile, el 17 de abril de 1862, la sociedad de la unión americana bajo el principio categórico y amplio de que dicha sociedad estaría conformada por todos los interesados en el porvenir de las repúblicas americanas. Fue preciso al definir sus objetivos,

1° trabajar por la unificación del sentimiento americano y por la conservación y subsistencia de las ideas republicanas en América, por todos los medios a su alcance.

2° Promover y activar las relaciones de amistad entre todos los hombres pensadores y libres de la América republicana, a fin de popularizar el pensamiento de la unión americana y de acelerar su realización por medio del congreso de plenipotenciarios (Bilbao, 1988: 269-270).

Llama la atención que para este intelectual la noción de la unidad no debía quedarse como una materia exclusiva de las altas esferas del poder político, sino que debía ser asumida y discutida por la intelectualidad y los colectivos sociales, cuestión que define su rol de pensador, como intelectual orgánico; concepto que Antonio Gramsci⁴ acuñó para definir a aquellos pensadores que estaban en oposición a la tradición y desarrollaban sus construcciones epistémicas, en razón de las necesidades políticas, económicas y sociales, entre otras, del tiempo y espacio donde actuaron.

3.1. Congreso Normal Americano

El discurso político integracionista de Bilbao, al igual que el de Simón Bolívar, estaba cargado de romanticismo creador. Para él, el nuevo continente poseía todas las condiciones objetivas y potencialidades para desarrollar en su seno, una civilización paradigmática –la neolatina–, caracterizada por su esplendor espiritual y material. “La paz es la

4 Para un análisis profundo del rol de los intelectuales en el seno del bloque histórico y sus significaciones teórico-epistemológicas, recomendamos consultar: Portelli Huges. (1978) *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo XXI, México, pp. 101-110.

unidad de la libertad. En todo tiempo hemos visto imperar con más o menos fuerza como una idea, un dogma, un principio, y también a un pueblo o a una raza, representantes de esa idea, extender su poderío moral o material sobre las demás naciones” (Bilbao. 1988: 274).

Evidentemente, Bilbao evoca algunos pasajes del discurso pronunciado por el libertador en 1819 ante el Congreso de Angostura. Asume que el ideal vertebrador de la nación latinoamericana debe ser la unidad, el cual de ser llevado a la praxis real, trasladaría al pueblo neolatino a ocupar un alto sitio en el escenario moral de la humanidad. Esta idea no debe interpretarse como la intención de construir un imperio en la región, ya que Bilbao se opone abiertamente a todas las manifestaciones del imperialismo, por considerar a los imperios como portadores de violencia y opresión. Así, al referirse a los Estados Unidos y a la Rusia zarista señala que ambos imperios colocados en las extremidades de la política, solo aspiraban “...el uno por extender la servidumbre rusa con la máscara del paneslavismo, y el otro la dominación del individualismo yanqui” (Bilbao, 1988: 275).

Por ello, su insistencia en la unidad moral y material de los pueblos del sur, ella representaría un muro de contención a todo intento imperialista, independientemente de donde proviniera, de manipular el futuro de estas naciones. En su propuesta política pro unidad Bilbao devela la confederación americana como algo más que un ideal, la ve como necesaria para el logro del progreso, el desarrollo y la paz. Su insistencia en la misma tiene como norte la independencia e identidad americana y, en consecuencia, la conservación de lo que denomina fronteras morales y naturales. Con ello, señala será posible al margen de las diferencias e intereses personales perpetuar la raza americana y latina; desarrollar la República; lograr la libertad; mejorar las instituciones y permitir a las generaciones futuras formarse para enfrentar el futuro. Así, se lograra una, según Bilbao (1988: 277): “...nación más homogénea, más nueva, más pura, extendida en las pampas, llanos y sabanas, regadas por el Amazonas y el Plata y sombreadas por los andes. Y nada de esto se puede conseguir sin la unión, sin la unidad, sin la asociación”.

El principal obstáculo que él visualiza para el desarrollo armónico de los pueblos del sur, es el imperialismo norteamericano, que como es lógico, se proyecta amenazante más allá de sus fronteras, dado que el superior desarrollo de su industria, sus empresas y en suma su poderío mi-

litar y económico, lo determina a considerar Latinoamérica, como su área de influencia, mercado y proveedor de materias primas. La diferencias sustancial entre los modelos de organización y desarrollo de la nación estadounidense y los Estados desunidos de la América del sur, tal como los definía Bilbao, propendía a la estructuración de relaciones asimétricas, en la cual la parte hegemónica siempre impondría los criterios, los términos y las modalidades de dicha relación, en función de su interés particular.

Los Estados Desunidos de la América del Sur, empiezan a divisar el humo del campamento de los Estados Unidos. Ya empezamos a sentir los pasos del coloso que sin temer a nadie, cada año, con su diplomacia, con esa siembra de aventureros que dispersa, con su influencia y su poder crecientes que magnetiza a sus vecinos, con las complicaciones que hace en nuestros pueblos, con tratados precursores, con mediaciones y protectorados, con su industria, su marina, su empresas, asechando nuestras faltas y fatigas, aprovechándose de la división de las repúblicas, cada año más impetuoso y más audaz, ese coloso juvenil que “cree” en su imperio, como Roma creyó en el suyo, infatuado ya con la serie de sus felicidades, avanza como marea creciente que sus pende sus aguas para descargarse en catarsa sobre el sur (Bilbao, 1988: 277).

Pensaba que el apetito de poder exagerado del gigante del norte distorsiono sus principios fundacionales, y esto desembocó en dureza de carácter, egoísmo e individualismo, entre otros vicios. A su juicio, la mejor estrategia que debía implementar la nación latinoamericana para contrarrestar a este potencial enemigo, consistía en el desarrollo de la conciencia colectiva, a partir del fomento sensible de una educación ciudadana. Para Bilbao (1988: 279): “La ciencia y la industria, el arte y la política, la filosofía y la naturaleza deben marchar de frente, así como en el pueblo deben vivir inseparables todos los elementos que constituyen la soberanía: el trabajo, la asociación, la obediencia y la soberanía indivisible”.

Otra importante característica que debemos destacar de la propuesta de Bilbao para la unidad, es que la misma se nutrió de los mejores preceptos del pensamiento ilustrado de la emancipación y del socialismo utópico así como del romanticismo. En este sentido, expresa la necesidad del logro de la integración y convivencia armónica de todos los es-

tratos y grupos étnicos que configuraban el entramado societal latinoamericano. Ya que cada uno de ellos son iguales en valor y dignidad.

No hemos perdido la tradición de la espiritualidad del destino del hombre. Creemos y amamos todo lo que une; preferimos lo social a lo individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder, el arte al comercio, la poesía a la industria, la filosofía a los textos, el espíritu puro al cálculo, el deber al interés. Somos de aquellos que creemos ver en el arte, en el entusiasmo por lo bello, independientemente de sus resultados, en la filosofía los resplandores del bien soberano. No vemos en la tierra y en los goces de la tierra el fin definitivo del hombre; y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentra en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano (Bilbao, 1988: 281).

Al igual que Miranda, los planteamientos políticos de Bilbao, tales como el de la realización del Congreso Normal Americano, solo quedaron en el plano de las ideas, ya que no tuvieron aplicación en la realidad del momento. Pretendía que el congreso de plenipotenciarios aprobara un estatuto legal que sería la base jurídica en la cual arrancarían el esquema de la unidad. Los puntos legales más destacados de su propuesta son los siguientes:

- 1° La ciudadanía universal. Todo republicano puede ser considerado como ciudadano en cualquier república que habite.
- 2° Presentar un proyecto de código internacional.
- 3° Un pacto de alianza federal y comercial.
- 4° La abolición de las aduanas inter-americanas...
- 6° La creación de un tribunal internacional, o constituirse el mismo congreso en tribunal, de modo que no pueda haber guerra entre nosotros...
- 11° La creación de una universidad americana, en donde se reunirá todo lo relativo a la historia del continente, el conocimiento de sus razas, lenguas americanas, etc.
- 12° Presentar el plan político de la reformas, en el cual se comprenderán el sistema de contribuciones, la descentralización, y las formas de la libertad que restituyan a la universalidad de los ciudadanos las funciones que usurpan o han usurpado las constituciones oligárquicas de la América del sur (Bilbao, 1988: 286).

Aquí se condensan los objetivos más sensibles de su discurso integracionista, y a su vez, lo avanzado de su pensamiento, que incluso sigue teniendo vigencia en la actualidad. Por todo esto, sus contribuciones teóricas a la formación discursiva de la unidad americana, son importantes, aunque básicamente se dedico en este punto a redimensionar los planteos de sus antecesores, Francisco de Miranda y Simón Bolívar.

Consideraciones finales

Todo indica que el discurso político de Francisco Bilbao, del cual surge su ideario de la unidad americana, como ya lo hemos demostrado, forma parte de la *formación discursiva* de la integración americana, constructo que surge en el momento de la independencia y que es desarrollado en paralelo por una multiplicidad de intelectuales, de vocación americanista. En tanto, sus propuestas están condicionadas en buena medida por los factores ideológicos del imaginario independentista, es decir, de las ideas y principios provenientes de la ilustración, en la cual, la razón se establece como la categoría vertebradora del discurso político, filosófico, literario y artístico. Una razón militante que busca la liberación material y espiritual del ser humano.

El predominio de la razón, asumida en estos términos se trasladaría al paradigma positivista, ideología hegemónica de la etapa del orden y progreso, revestida ahora de cientificismo. Esta identidad apunta al logro político de la unidad de los pueblos del sur, a todos los niveles posibles, ante el enemigo común del imperialismo euro-occidental y norteamericano en particular.

Bilbao es entonces esa personalidad que marca la ruptura dialéctica e inicia la transición entre dos contextos ideológicos. De un lado, el orden y progreso; de otro el antiimperialismo latinoamericano⁵, dado que

5 En este orden de ideas, nos apegamos a la propuesta historiográfica de Angel Lombardi, para quien la unidad americana debe abordarse en cuatro etapas concretas: 1) de la Independencia, 2) de la Organización nacional, 3) del antiimperialismo y 4), del Desarrollo. Históricamente estas etapas definen tiempos concretos, en lo material y simbólico, por las cuales ha transitado dialécticamente el discurso y la praxis de la unidad americana. Para una visión detallada de las perspectivas de análisis en torno a la unidad americana se recomienda consultar: Lombardi, Angel. (1989). *La Unidad y la Identidad Latinoamericana*, Academia Nacional de la Historia, Caracas-Venezuela.

su obra define al imperialismo norteamericano tal como se evidencia en las citas anteriores como el obstáculo fundamental para el logro de la unidad orgánica de los pueblos del Sur, a diferencia del positivismo, donde los problemas fundamentales de las sociedades postdependentistas estaban vinculados a sus características intrínsecas, tales como: sus grupos étnicos (mestizos y amerindios) y sus modelos políticos fundacionales.

En definitiva, consideramos que el discurso de Bilbao debe interpretarse en el contexto de la modernidad política latinoamericana, para la cual lo fundamental es terminar de dismantlar los reductos de la sociedad tradicional de antiguo régimen, y sustituirlos por un imaginario colectivo legitimador del estado liberal de corte republicano. No obstante, el discurso de Bilbao trasciende en mucho las características y barreras ideológicas de este contexto, ya que busca la estructuración de una democracia popular americana, dinamizada por personas libres, consentes e iguales, en derechos y responsabilidades, portadores de una histórica identidad cultural latinoamericana, que supera todo localismo mediocre.

Referencias bibliográficas

Bibliohemerográficas:

- BILBAO, Francisco. 1988. El Evangelio Americano. Compilado por Witker, Alejandro. Prólogo. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela.
- FERRATER-MORA, J. 2004. Diccionario de filosofía. IV Tomos. Ariel Filosofía. Barcelona, España.
- LOMBARDI, Angel. 1989. Sobre la Unidad y la Identidad Latinoamericana. El Libro Menor. Academia Nacional de la Historia. Caracas, Venezuela.
- PORTILLI, Hugues. 1978. Gramsci y el bloque histórico. Siglo Veintiuno Editores. México DF., México.
- SANTOS PÉREZ, Juan Manuel. 2005. Paradigmas historiográficos contemporáneos. Fundación Buría. Barquisimeto, Venezuela.
- SASSO, Javier. 1998. La Filosofía latinoamericana y las construcciones de su historia. Monte Ávila Editores Latinoamericanos. Caracas, Venezuela.
- VASILACHIS DE GIALDINO, Irene. 1998. Discurso político y prensa escrita, un análisis sociológico, jurídico y lingüístico. Gedisa editorial. Barcelona, España.
- ZEA, Leopoldo. 1991. La filosofía como compromiso de liberación. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela.

Electrónicas:

Memoria Chilena, Portal de la Cultura de Chile. 2008. Francisco Bilbao Barquín: Demócrata, Americanista y Revolucionario. Disponible en línea. En: <http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/index.asp?>. Fecha de consulta: 16 de abril de 2008.

ROITMAN-ROSENMAN, Marcos. 1998. Conflicto y crisis en el pensamiento social latinoamericano. Disponible en línea. En: sala.clacso.org.ar/gsd/cgi-bin/library. Fecha de consulta: 15 de abril de 2008.